

ANALISTAS EN FORMACIÓN:

¿ABRIMOS LA PUERTA PARA IR A JUGAR?

Lic. Florencia Biotti

La propuesta de este trabajo es reflexionar acerca de la particular aventura que compartimos todos los que emprendemos y atravesamos la experiencia de devenir analistas. Tengo una imagen, lugar común de los cuentos de hadas. El o la protagonista sale del Castillo despojado de todos sus atributos reales. Ahora solo cuenta con una especie de palo de escoba del que cuelga una bolsa de trapo con ciertos elementos indispensables y luego, tan sólo su ser. Tiene por delante el bosque que se muestra oscuro y peligroso; inevitablemente atractivo. No sabe qué aventuras le deparan, no tiene un camino trazado. Tal vez intuye que no está eligiendo la opción fácil. No sabe de las veces que sufrirá, se sentirá feliz, rescatará, será rescatado... Cuando el viaje llegue a su fin, no será el o la misma, se habrá transformado, mediante un proceso constante de deconstruirse y construirse. Devenir psicoanalista en la actualidad es un poco ir contra la corriente. En tiempos en los que prima la inmediatez elegimos una formación de muchos años, le proponemos a los pacientes soluciones efectivas pero complejas para su sufrimiento. En el camino, y de forma paralela, transcurre nuestro análisis didáctico, las supervisiones, los seminarios; también formamos familias, pasamos momentos económicos y/o afectivos difíciles, buenos, malos,

livianos, etcétera. Vale la pena entonces preguntarse ¿Por qué sostenemos con pasión esto que hemos elegido? Interrogante válido, aunque su respuesta varíe infinitas veces.

Institución y subjetividad durante la formación Si acercamos el foco a la tensión permanente entre la seguridad que ofrece el marco institucional y la subjetividad de cada analista en formación, entre ambas variables, institución y subjetividad, existe un espacio que puede ser un lugar de juego, en donde se favorezca el despliegue máximo de la creatividad y originalidad de cada analista durante su formación. Es un espacio difícil de encontrar y la plasticidad que allí sea posible, quizás está directamente relacionada con la firmeza del encuadre que la Institución ofrece. Si recordamos los aportes sobre el “encuadre” de José Bleger, concepto que desarrolla por ejemplo en su libro *Psicología de la conducta* (Bleger, J.: 1967), podemos iluminar con su planteo el transcurrir de la formación analítica. Según este autor, se puede distinguir en la situación analítica: encuadre y proceso. Entiende encuadre como las constantes y proceso como el conjunto de las variables del fenómeno. Así, la institución brinda el encuadre a la formación y la subjetividad deviene proceso. En esta última debemos incluir, también, los diferentes elementos traídos por el azar. Siguiendo esta idea, pienso que si el encuadre es lo suficientemente firme, es posible empezar a plantearnos el origen subversivo del Psicoanálisis, tal como lo planteaba S. Freud y darnos lugar a volver a pensar cada vez esta disciplina y nuestro lugar en ella para seguir construyendo subjetividad. Por ejemplo, en la Argentina, ha tomado fuerza la nominación “analistas en formación”, que de todos modos vale recordar, que aún no es formalizada por parte de la IPA. Si bien puede parecer nos más adecuada que llamarnos “candidatos” se me ocurren algunas preguntas; ¿será

que esperamos realmente formarnos? ¿Que alguien nos done alguna forma o nos vaya moldeando? Podemos sostener esta ilusión, y si todo sale “suficientemente bien”, caerá en algún momento.

Un poco de historia. En primer lugar quisiera explicitar el motivo por el que considero que es relevante una revisión histórica y luego daré cuenta de la misma. Si volvemos a la idea de marco o encuadre que la Institución IPA nos ofrece, podemos pensar inmediatamente lo curioso que resulta cuántos de nosotros ingresamos a esta ardua formación sin demasiado conocimiento acerca de su estructura, parece que muchos vamos descubriendo posibilidades y límites una vez ya iniciado su recorrido. ¿Será como un paciente que al comienzo no conoce de manera acabada los términos del contrato psicoanalítico? El analista los explicita durante las entrevistas preliminares y así, se va estableciendo el dispositivo psicoanalítico y con él todo su potencial. Estas posibilidades y límites del sistema para la formación, a las que podemos llamar encuadre, se iluminan para los candidatos a partir del conocimiento de la historia de la Institución IPA, de la misma manera que el paciente va conociendo el contrato psicoanalítico. Dado que descubro con sorpresa que no es tan clara esta información para todos desde el comienzo, me surge la pregunta acerca de cómo será posible transformar el presente y proyectar otro futuro, sin un conocimiento sólido del pasado, que permita revisarlo de forma crítica en un sentido constructivo. Es por este motivo que me parece importante hacer una revisión de esta Historia, aunque para muchos sea una información ya conocida. Aún más, teniendo en cuenta que en la actualidad se están produciendo cambios en los modelos y muchos se preguntan de qué manera podría afectar esto el futuro del Psicoanálisis. Por otro

lado creo relevante explicitar que la necesidad de transformar tiene sentido porque devenimos psicoanalistas en momentos histórico sociales determinados. Sería impensable no tener en cuenta esta variable. En esta disciplina más que en ninguna otra se entretajan los hilos de la propia vida, experiencias, vivencias, ideologías.

Con “ideologías” no me refiero solamente a los aspectos políticos o religiosos sino también, a sistemas de creencias incluso a veces, acerca de la salud mental. Estoy tratando de acercarme a la idea de lo que implica poner todo en duda, que no quiere decir descartar todo, sino permitirse revisarlo para deconstruirlo, transformarlo, re-construirlo. Este proceso requiere de poder apasionarse, no es posible que suceda sin dejarse atravesar por la experiencia.

Haciendo un poco de historia, luego de una revisión sobre distintas fuentes bibliográficas (León de Bernardi, B., (2010); Vorchheimer, M. (2016); Ferrari, H.) tenemos que remontarnos a los años 1920, en la ciudad de Berlín para ubicar los orígenes de este andamio que fue construyendo la IPA y adoptando para preservar este movimiento valioso que nacía en años muy revueltos de movimientos instituyentes apasionados y que pretendía atesorar. En ese momento, a diferencia de hoy (según mi opinión) el psicoanálisis estaba en auge respecto de la cantidad de personas que querían devenir analistas y de personas que optaban por esta novedosa forma de tratamiento para el dolor mental. En cuanto los requisitos para ser analista, estos se debatían arduamente en la famosa Sociedad de los Miércoles. Es en 1923 que se establece el Instituto de Psicoanálisis, Eitingon formaliza un programa y se publican, entonces, las “Directivas para la Educación de

Terapeutas Psicoanalíticos”. Aquí, es donde se acuerdan las tres patas del trípode y se conforma un Comité de Entrenamiento. Intento pincelar un poco el proceso por el cual el Psicoanálisis fue incorporando un marco institucional, considerando que las Instituciones en la actualidad son una parte muy importante del proceso de devenir analista y que por ello debemos intentar construirlas y deconstruirlas permanentemente, para así poder tallar transformaciones vitales para las problemáticas que deben afrontar los analistas en formación, en el presente y con miras al futuro. En efecto, sería muy difícil advenir psicoanalista por fuera de las Instituciones Psicoanalíticas, dando cuenta de las tantas veces mencionada cuarta parte del trípode o plataforma en la cual se sostiene. En los años 60 surge el modelo francés que plantea como novedad la realización del análisis didáctico previo a la cursada de seminarios y supervisión, se flexibiliza el número de sesiones exigidas para el análisis personal, se da posibilidad a que el candidato personalice también sus horarios. La supervisión toma un lugar central en este modelo. El modelo uruguayo nace en los años 70 y supone algunos cambios que repercuten en la modificación de la oferta de seminarios, en la descentralización del poder del “didacta” y hacen a una mayor democratización institucional a partir de la creación de funciones y grupos didácticos.

Cabe señalar que particularmente en la región del Río de la Plata, los años tanto 60 como 70 conforman un período muy rico y de cambio en las ideas psicoanalíticas. Al comienzo empapados de las ideas kleinianas, luego de los años 70 por ideas lacanianas, y luego de otras poskleinianas y poslacanianas. En fin, comienza a tener lugar cierta diversidad de teorías en la formación y este movimiento da lugar a un volver a pensar la formación de los analistas. Es así como el modelo uruguayo

se nutre, por un lado, de modificaciones en la oferta de seminarios, dada la diversidad de enfoques teórico-técnica, y por otro lado, establece un grupo de analistas didactas que tienen funciones docentes, otro con funciones de supervisores y otro grupo lleva adelante el análisis de los analistas en formación. Este segundo punto surge de la preocupación por el lugar de las funciones del analista didacta, la cual solo señalaremos en tanto el objetivo del presente trabajo no es profundizar en la misma.

Las tres propuestas, aprobadas por la IPA, arman una estructura por la que los diferentes Institutos Psicoanalíticos del mundo pueden optar para formar a los futuros analistas. Todos ellos han sido cuidadosamente pensados. Sin embargo, quizás podría decirse que resultan necesarios pero no suficientes para que alguien devenga analista.

Aunque hagamos el máximo esfuerzo, hay algo del Psicoanálisis que puede aprenderse, pero no enseñarse. Es éste uno de los motivos por los cuales es tan complejo resolver el problema de su transmisión. Es que en esa transmisión se incluyen afectos, alguien deviene analista o quiere emprender este camino, seguramente por deseo, pero también porque otro amorosamente abrió la puerta para encender la curiosidad por esta disciplina, en otras palabras, por transferencia.

Es por ello que tenemos que incluir, entonces, la historia de vida y la cualidad del encuentro con la experiencia analítica.

El analista se “forma” de manera sólida dentro de este marco que plantea como propuesta la IPA, luego queda lugar para el despliegue de lo original, lo creativo esa cualidad distintiva de cada uno de nosotros. Esta variable es quizás más imprecisa, menos determinada, pero igual de valiosa.

No podría no estar, es parte de la formación e incluye aquí el poder “salirse del molde” o “deformarse” justamente para devenir un analista bien formado.

Estandarizar estas variables más el contexto cultural en el que transcurren es un desafío interesante. ¿Cómo resolverlo sin perder la singularidad que tanta riqueza promete? Es maravilloso evidenciar cómo el Psicoanálisis tiene en sí mismo potencia para cuestionar lo instituido y seguir generando movimientos instituyentes.

Encuadre y formación

Retomando las ideas de José Bleger acerca de la situación analítica, sabemos que el encuadre es aquella parte del dispositivo que permanece igual, constante para que el proceso pueda desplegarse y posibilitar el cambio. Para este autor, el encuadre es mudo y sólo se hace sentir cuando aparece alguna ruptura. En *Simbiosis y ambigüedad* propone la idea de que el encuadre, al igual que el amor y el niño, sólo se escuchan cuando lloran (Bleger, J., 1967).

Así como José Bleger describe el armado de la situación analítica, podría pensarse que las condiciones de posibilidad que brinda la institución al analista en formación son mudas, hasta que se produce alguna ruptura que podría dar lugar a la elaboración y permitir introducir algo de lo singular. En este texto antes mencionado, Bleger propone el encuadre como el depositario de las ansiedades psicóticas de la personalidad, las partes más indiferenciadas que responden a la simbiosis de los primeros momentos del desarrollo. Quizás podemos pensar que los analistas en formación partimos de esta simbiosis y

luego poco a poco iremos delineando el camino hacia la diferenciación, encontrando dentro del molde institucional, la propia identidad como analistas.

En este punto las ideas de J. Bleger podrían ser suplementadas con las ideas de D. Winnicott. Es decir, por un lado hay un marco, encuadre que permite un proceso (Bleger, J., 1967). Recordemos que Bleger plantea ir desde la simbiosis hacia la diferenciación en el proceso psicoanalítico. Por otro lado, ese proceso ocurre porque alguien lo transita de manera singular.

Pienso entonces dos ejes fundamentales en el devenir psicoanalista. Aquel que brinda la Institución y aquel que se sucede a partir de la firmeza y condiciones de posibilidad que la Institución ofrece, o sea el eje que se refiere al desarrollo personal de cada analista.

Un paralelo entre las ideas de D. Winnicott sobre el desarrollo y el proceso de formación.

Quizás podríamos trazar un paralelo entre las ideas de D. Winnicott acerca del desarrollo y el proceso de formación.

Donald Winnicott permite pensar en tantas ocasiones, en relación al desarrollo del niño, que lo que no se adquiere jugando no se adquiere bien, o sea, lo que no se adquiere por la vía del juego se adquiere en falso. Sería “hago lo que se espera de mí, pero no estoy realmente allí”. Por lo cual siguiendo esta línea de pensamiento y antes de cualquier otra formalidad teórica, es necesario destacar los aspectos lúdicos auténticos durante la formación, los cuales están directamente relacionados con la pasión necesaria para atravesar esta experiencia. Sólo desde el juego es posible tomarla muy en serio, sabemos que S. Freud en “El creador literario y el fantaseo” (Freud,

S., 1907) nos dice que lo contrario al juego no es la seriedad, sino la realidad. El juego es una actividad seria en sí misma y parece vital durante la formación. El poeta fantasea, diría S. Freud, nosotros devenimos psicoanalistas. Para D. Winnicott el juego y el jugar son fenómenos transicionales que forman la base de la experiencia cultural general (Winnicott, D: 1968).

Sin embargo, la capacidad para jugar es un logro en el desarrollo, no está dada desde el inicio sino que hay que poder adquirirla.

Según las ideas de este autor, el desarrollo es un proceso que va desde la dependencia absoluta pasando por la dependencia relativa hacia la autonomía nunca del todo alcanzada. También sigue la línea de la desintegración hacia la integración. Aquí cobra importancia la relación psique-soma, ubicando el problema en el guion que separa ambos términos. (Winnicott, D.: 1963) Podríamos abrir la pregunta acerca de qué pasa con el cuerpo de los analistas en formación, ¿recibe los mismos cuidados que el aparato psíquico? Sólo quiero plantear la pregunta.

El otro elemento importante para que este proceso tenga lugar es el ambiente facilitador que sostendrá suficientemente bien, se adecuará casi por completo al comienzo creando una ilusión de omnipotencia en el bebé desilusionándolo en la medida que este último pueda tolerarlo.

Siguiendo la analogía entre el proceso de formación y el proceso de desarrollo emocional tal como lo plantea D. Winnicott, si todo sale más o menos bien la capacidad de juego habrá sido adquirida, o sea el camino de la formación analítica podrá ser vivido desde sus aspectos lúdicos.

Los invito a pensar las ideas de Winnicott acerca del juego típico de los niños pequeños y no tanto, de armar la torre y derribarla.

A este autor le llamó la atención la tendencia de los niños a desplomar violentamente y con la mayor de las alegrías aquellas torres que construyeron a veces con gran esfuerzo y cuidado. Hay una sensación de júbilo en el momento de la destrucción. No se desarma la torre poco a poco con ese mismo cuidado que se armó, se imprime un movimiento violento, brusco pero que se acompaña de júbilo o alegría. Ahora bien, no es una actitud reactiva, es sin cólera. Todavía más placer da derribar la torre propia que una ajena. Parece que una vez construida una estructura sólida se vuelve interesante destruirla. Lo que sucede, explica D. Winnicott es que una vez realizada esta operación queda habilitada la posibilidad de construir otra torre a gusto del pequeño y entonces se inaugura una nueva posibilidad para que la creatividad tenga lugar.

Dentro de este contexto, podemos pensar este espacio de oxígeno entre lo institucional y lo singular en la formación. En algún momento es posible que se dibuje la torre sólida construida con aprendizajes tomados de aquellos que tienen la función de transmitirnos esta disciplina que es el Psicoanálisis. Pero en el proceso de búsqueda de la propia identidad como analistas, sería saludable que esta sólida torre pudiera derribarse, igual que se derriban los ideales llegada la adolescencia. Esto implica el valor de desmantelarse a uno mismo para poder dar lugar al deseo de inventarse una vez más. Quizás ensayando otros materiales más flexibles, más sólidos, quizás no siempre hacia arriba; en fin todo lo que se tolere innovar, todo lo que se tolere introducir en términos de variaciones, diferencias.

Esta metáfora permite iluminar distintos obstáculos que pueden surgir durante el proceso de formación. A veces no es posible empezar a construir la torre, a veces no se termina nunca de construir porque siempre falta algo más, a veces no aparece el deseo, o la tentación de derribarla, o sea de deconstruirla; a veces no se tiene el coraje, o la capacidad, de construir valiéndose de transformaciones.

Esta última posibilidad, la de construir con transformaciones está justo en ese espacio que atesora la creatividad propia. Entre lo institucional y el aporte original de cada analista en formación que pueda plegarse a lo instituido sin perder la capacidad del movimiento instituyente. Ese delicado pero tan necesario equilibrio.

Breve reflexión acerca del futuro del psicoanálisis y los analistas en formación

Parece una preocupación actual por un lado el decrecimiento de personas que eligen el camino de la formación psicoanalítica como opción, por otro lado, la cantidad de personas que han iniciado este camino y luego abandonan antes de finalizar. Seguramente las razones son distintas y no sería posible arriesgar una generalización al respecto. Pero parece interesante al menos iluminar aquellos aspectos que oxigenan y dan el soporte necesario para sostenerse. Sin duda la plasticidad para entender y acompañar los contextos culturales a través de los tiempos es uno de ellos. Otro pilar lo constituye el espacio de creatividad que ha sido señalado en este escrito. Por último, me parece importante destacar la necesidad de lazo entre las distintas generaciones de psicoanalistas, esta idea encierra el enigma de la transmisión en psicoanálisis. De qué manera

se transmite la experiencia y de qué manera se aprende sin convertirse en una mera repetición técnica mecánica.

Quisiera finalizar este trabajo justamente con el final de un cuento. No voy a aburrirlos con explicaciones, sólo diré que me recuerda algo sobre la transmisión del psicoanálisis. Apelo al placer de escuchar un poquito del relato de Lewis Carroll. El que por milagro no haya leído *Alicia en el país de las maravillas* que se tape los oídos ahora, pues voy a contar el final:

“Por último, imaginó cómo sería en el futuro esta pequeña hermana suya, cómo sería Alicia cuando se convirtiera en una mujer. Y pensó que Alicia conservaría a lo largo de los años, el mismo corazón sencillo y entusiasta de su niñez, y que reuniría a su alrededor a otros chiquillos, y haría brillar los ojos de los pequeños al contarles un cuento extraño, quizás este mismo sueño del País de las Maravillas que había tenido años atrás y que Alicia sentiría las pequeñas tristezas y se alegraría con los ingenuos goces de los chiquillos, recordando su propia infancia y los felices días de verano”.

Bibliografía

- Bernasconi, P. (2014), *Finales*, Buenos Aires, Argentina, Edhasa.
- Bleger, J. (1967), “Psicoanálisis del encuadre analítico”, en *Simbiosis y ambigüedad*, Buenos Aires, Paidós, 1967, Cap.VI, pp. 237-250.
- Bleger, J. (1973), “Encuadre para el estudio de la conducta”, en *Psicología de la conducta*, Buenos Aires, Paidós, 1973, Cap. X, pp. 105-127.

- León de Bernardi, B. (2010), “La formación psicoanalítica en un contexto de pluralismo teórico técnico”. *Revista Latinoamericana de Psicoanálisis*, Volumen 9 (119-137) <http://fepal.org/nuevo/images/stories/de-leon.pdf>
- Ferrari, H., “Los orígenes de la formación analítica y las razones de su omisión” <http://www.apdeba.org/wp-content/uploads/origenes-formacion-analitica.pdf>
- García, J (2014), “La transmisión institucionalizada del psicoanálisis en los comienzos del siglo XXI. Ensayo desde la experiencia”. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* <http://www.apuruguay.org/apurevista/2010/16887247201411810.pdf>
- Rodulfo, R. (2012), *El psicoanálisis de nuevo*, Buenos Aires, Argentina, Eudeba.
- Rodulfo, R. (2009), *Trabajos de lectura, lecturas de violencia*, Buenos Aires, Paidós.
- Vorchheimer, M. (2016), “El futuro del psicoanálisis: la formación de analistas”. *Imago Agenda* <http://www.imagoagenda.com/articulo.asp?idarticulo=2281>.
- Winnicott, D. (1979), “La agresión en relación con el desarrollo emocional”, en *Escritos de pediatría*, Barcelona, Laia, Cap. 6, pp. 281-299.
- Winnicott, D. (1989), “El jugar y la cultura”, en *Exploraciones psicoanalíticas I*, Buenos Aires, Paidós, 2009, Cap. 31, pp. 246-249.